¿Quiere "asustar" a su huésped con los proyectos italianos de Napoleón III? Pretende que dentro de algunos años el emperador de los franceses emprenderá "una gran guerra" para ayudar a la satisfacción de los deseos nacionalistas y territoriales de Víctor Manuel, al que hará esperar con promesas. Maximiliano permanece escéptico. "Es posible que haya alguna verdad en eso, pero no olvidemos que no es necesario fiarse mucho de las palabras del rey..." En cuanto a él, está convencido de que Leopoldo tiene la ambición "de ejercer una especie de autoridad paternal, si puedo permitirme esta expresión, le escribe a su hermano; ciertamente quisiera desempeñar el papel de papa político ante quien se inclinarían todos los soberanos de Europa..."

Evidentemente, Leopoldo, "el viejo zorro", le parece muy fastidioso a su interlocutor que no presta demasiada atención a sus predicciones. Erróneamente por lo demás, pero es corta la experiencia política de Maximiliano. Sin duda hubiese preferido, más que oir discurrir al padre, charlar con la hija, Carlota, una princesa de dieciséis años que tiene hermosos ojos, hermoso cabello, un talle esbelto de amazona, y que, por añadidura, resplandece de inteligencia. Como todo vienés, es sensible al encanto femenino, y esta joven Carlota tiene una gracia de flor apenas abierta.

II

CARLOTA

Cuando en 1832, se decide el matrimonio de Luisa de Orleáns, hija de Luis Felipe, con el rey de los belgas, Leopoldo I la suerte del reino de Bélgica está todavía mal asegurada y el apoyo del rey de los franceses muy útil. Guillermo de Holanda no ha renunciado a sus pretensiones y se prepara para una reconquista. La conferencia de Londres, reunida para imponer su mediación, se halla frente a dificultades tales, que piensa atribuirle una parte de Bélgica a Francia, y la otra a Prusia. "Mi matrimonio corta los proyectos de reparto", dice Leopoldo. Para él, aquél es un acto esencialmente político.

Para Luisa, es un drama. Desde el momento en que se sabe destinada a ser la esposa de este príncipe de cuarenta y dos años, viudo, luterano, cuyo rostro duro y frío refleja una inteligencia seca, vierte torrentes de lágrimas, y su padre, que la ama tiernamente, llora con ella reprochándose sacrificar a su hija a las exigencias de la política. En la firma del contrato, en Compiègne, el 9 de agosto de 1832, Luisa, cubierta de brillantes y de flores, parece abrumada. El día 10, día del matrimonio, tiene una palidez mortal, pero su expresión es dulce, resignada, porque sabe bien que "el amor no gobierna la suerte de una princesa". Su última mirada, desde el coche que la lleva en compañía de su esposo, está empañada de llanto. Y en su primera carta a su madre, fechada en Cambrai, escribe: "Nunca olvidaré el triste día en que me he separado de vos con todo lo que me es más querido en el mundo, teniendo como toda compensación para mi doloroso sacrificio la esperanza de una felicidad que aún no comprendo".

Sin embargo, el matrimonio saldrá mejor de lo que este principio dejaba esperar. Una semana más tarde, Luisa cambia ya el tono. Leopoldo se muestra muy bueno con ella. Cuando pasan la frontera, cuando los oficiales belgas remplazan a los oficiales franceses, la princesa, violentamente conmovida, no puede retener las lágrimas. "El rey se ha contristado por la aflicción que experimentaba yo, y cuando entramos en nuestra casa, lloró también. No podría decir cuánto me ha conmovido esto". Y un mes después: "Mi corazón hubiera escogido que no hubiese escogido de otra manera".

Leopoldo no ha olvidado a su primera esposa, a aquella princesa Carlota de Inglaterra, "apasionada y magnífica", de la que estuvo muy enamorado y que dejó en él un romántico recuerdo. Por la segunda, "su mujercita buena", tan hermosa con sus cabellos rubios, sus ojos de un azul límpido, su boca *mignonne*, experimenta un afecto donde entra mucha estima. Aprecia en ella las cualidades de su alma, su bondad, su dulzura, la pureza y elevación de sentimientos. "Mi angélica Luisa", decía de ella la reina María Amelia. El epíteto es justo. Además bajo su gracioso exterior, Luisa oculta una inteligencia y un espíritu sólidos. Ha leído mucho, y cosas serias. ¿No había tenido de maestros a Michelet y al padre Dupanloup? Luis Felipe, que se ve en ella, declara "que ella se da cuenta de lo que pocos estadistas comprenderían". Se convertirá para su marido en una colaboradora discreta, confidente de sus pensamientos.

Luisa sale poco. Le complace la soledad porque tiene una vida interior intensa. Lee mucho, escribe, ayuda al rey para el cual vuelve a copiar los informes, pinta. Le consagra mucho tiempo a la caridad, visita a los pobres, se endeuda para socorrerlos. Mucho tiempo también para la meditación y la oración. Muy piadosa, tiene inclinación al misticismo.

En 1833 da a luz un hijo que muere a los diez meses. Siguen otros, el duque de Brabante, Leopoldo; y el conde de Flandes, Felipe. Éstos tienen cinco y tres años cuando nace una hija que se llamará Carlota —delicada atención de la reina— en recuerdo de la primera esposa tan amada del rey. Lo que no impide que Leopoldo esté muy descontento y que le diga que hubiera preferido un tercer hijo. Pero su frialdad con la recién venida no durará mucho tiempo. La princesita conquista al padre reticente. "Graciosa como una pequeña sílfide de cuento de hadas", parlanchina, ladina, caprichosa también, bonita con su rostro redondo y fresco, su boca en cereza y sus grandes ojos. Y muy despierta. A los dos años quiere aprender a leer, al

ver que su madre siempre está leyendo. Conservará el gusto apasionado por los libros.

Personita demasiado pronto seria, tiene conciencia de su dignidad. Cuando a los cinco años la llevan a un *Te Deum* celebrado en Santa Gúdula, "se porta admirablemente bien, escribe su madre. Leyó todo el tiempo con gran atención en su libro de oraciones, como una persona mayor". Desde su más tierna edad, lo hace todo con celo, con ardor. Ya aparecían los rasgos dominantes de su carácter, lo serio, lo enérgico. Se afirma el parecido con el padre, se juraría que es "la miniatura de Leopoldo", dice la madre.

*
* *

Cuando muere a los treinta y ocho años la reina Luisa, Carlota tiene diez años. Es una niña sensible, alegre, expansiva. Su carácter cambia bruscamente cuando desaparece la tierna influencia materna. Se torna pensativa, de espíritu con frecuencia desazonado. Leopoldo la marcará con un distintivo que nunca se borrará, tanto menos cuanto que Carlota se le parece mucho.

Este segundo duelo ha amurallado a Leopoldo en una soledad que, más tarde, lo llevará a la misantropía. Ésta es por lo demás la propensión de su carácter. Con verlo de lejos solamente una vez, una joven inglesa ha penetrado en el secreto de esta naturaleza. Es cierto que se llama Charlotte Brontë y que está dotada de una intuición que le permite excavar en las almas. En este hombre de apariencia impasible, ella ha notado "los profundos jeroglíficos grabados como con un estilete de hierro en su frente, en derredor de sus ojos, en los dos lados de su boca... Supe el significado de esos caracteres... Estaba allí una víctima silenciosa, un nervioso, un melancólico..." Muy ambicioso, Leopoldo había tenido grandiosas esperanzas al casarse con la heredera del trono de Inglaterra. Esperanzas fallidas. Juzgaba también muy modesta la corona con la que debió contentarse. Y su rostro expresa sus pesares, su disgusto. Sin embargo, tiene una alta idea de su misión y está resuelto a ejercer en conciencia su oficio de rey. Tendrá éxito en convertir a la joven Bélgica en un Estado que cuente. "Somos un pequeño país, es cierto, pero de ninguna manera somos pequeños en política", dirá con razón.

Por lo demás, ha sabido adquirir un prestigio incontestable en Europa, en donde se siente a gusto en todas partes, aliado

de todos los príncipes reinantes y hablando en cada país la lengua nacional. También admira a los diplomáticos, como en aquella velada en las Tullerías durante la cual charla en inglés con lord Cowley, en ruso con el embajador Kisselef, en sueco con el señor de Lowenstein, en griego con el general Coletti, en francés o en alemán con los demás.

Este hombre solitario, encerrado, experimenta una gran ternura por su hija, su favorita. "Mi pequeña Carlota es la flor de mi corazón". Viéndola inteligente, seria, hace que le den una instrucción parecida a la de sus hermanos. Y una educación viril que se aplica más a fortificar la voluntad que a cultivar la sensibilidad. Leopoldo insiste en la virtud de la reflexión y del examen de conciencia. Juzga necesario que el carácter sea templado de manera que no sea "ni deslumbrado por la grandeza y el éxito, ni abatido por la desdicha". Para él, el estudio que debe ser antes que nada cuando se trata de príncipes, es el de la historia que los enseña a conocer las costumbres de la humanidad, estudio del que pueden sacar enseñanzas para el gobierno de los pueblos.

Carlota estudiará, pues, historia y leerá a Plutarco que se convierte en su autor favorito. Estudia también cálculo y se aplicará en los problemas "nada fáciles"; aprende idiomas, inglés, alemán, italiano, español, pasando del uno al otro, como su padre, con soltura. También como su padre, es fervorosa de la lectura. Y medita a los filósofos cristianos, a San Alfonso María de Ligorio con su *Camino de la salvación* a Frayssinous, ese sulpiciano adversario de Napoleón que, hace poco tiempo, influenció tanto con su palabra a los espíritus jóvenes y que continúa actuando con su obra *Defensa del cristianismo*.

¿Revivirá en ella la piedad exaltada de su madre? Su instrucción religiosa está dirigida por el padre Deschamps que llegará a ser primado de Bélgica. Pero en ella, ni la menor huella de esa religiosidad vaga en que se complacen la mayor parte de las jóvenes. Para ella la religión es una regla moral rígida integrada en la vida cotidiana. Y también una actitud conveniente para una princesa, actitud que por lo demás no le impedirá conservar su libertad de juicio. No hay ninguna huella de misticismo en ella.

En su lecho de muerte, la reina Luisa le hizo prometer a su amiga de infancia, la condesa de Hulst, que velaría por su hija. La condesa mantendrá su palabra: vigila los estudios de Carlota, hace que le den informes acerca de su trabajo, dirige sus lecturas. La adolescente le escribe largas cartas en las que nada oculta de sus sentimientos íntimos: "Me siento tibia. No

tengo ganas de rezar. Me gustan demasiado poco mis deberes; no me causan ninguna impresión mis razonamientos y verdaderamente es un pecado no estarle más reconocida a Dios, en medio de todos los bienes espirituales y temporales de que me colma... no puedo vencer mi pereza... caiga tan fácilmente... tomo resoluciones para no mantenerlas; si no me vigilo continuamente, ya no me conozco... en vano me esfuerzo, me cuesta mucho trabajo cambiarme y experimento algunas veces una verdadera fatiga cuando me aplico a actuar mejor... Es terrible sentirse descorazonada con tanta frecuencia: por momentos, es como una calentura, un delirio que se apodera de mí. Y cuando pasa, no sé cómo pudo venir; creo que es el demonio el que viene a turbarme..."

Líneas reveladoras en esta niña de trece años que se analiza con tanta lucidez. Dan testimonio de una exigencia espiritual elevada, de un deseo ardiente de llegar a ello, pero también de un arrebato de pasión muy inquietante. Esa "calentura", ese "delirio" tan violentos que les atribuye un origen diabólico, van más allá de las perturbaciones de la adolescencia.

En esta educación demasiado austera, un rayo luminoso: la música. Carlota tiene dones musicales que constituyen el asombro de sus maestros y la admiración de los que la rodean. Se convertirá en una pianista de talento.

Después de la muerte de su madre, se le ve con frecuencia cerca del rey en las ceremonias oficiales. Se interesa también por las obras de beneficencia, como si se considerase la remplazante de la reina desaparecida. Hace, con toda la seriedad de su carácter, esa seriedad que se refleja en su joven rostro, el aprendizaje del oficio real.

Sería ésa una existencia un tanto austera si Carlota no tuviera por compañero a su hermano, el conde de Flandes, su preferido, su "gordo Felipe", tan tierno, tan gracioso, tan cortés, tan activo, tan alegre. Muy popular en la sociedad bruselense, anima todas las reuniones desde que llega a ellas. La princesa quiere menos al hermano mayor, el duque de Brabante, Leopoldo, fantástico, violento, orgulloso y duro, pero admira en él su inteligencia. Y también se complace en las narraciones de viajes imaginarios que le hace. Describe continentes perdidos, islas misteriosas; le lee capítulos de *La vuelta al mundo*, de los *Naufragios célebres*. Lo cual exalta la imaginación muy viva de Carlota. A ambos les encantan esas aventuras y no se cansan de ellas.

Es un verdadero placer las vacaciones que pasan cada año en Inglaterra con la reina María Amelia, en medio de la familia

de Orleáns. Carlota se complace con sus jóvenes primos; Chiquita, tan hermosa, hija del príncipe de Joinville; Minette y Gastón, hijos del duque de Nemours; Condé, tan petulante; y Guisa, un bebé tan hermoso "una verdadera alhaja", hijos del duque de Aumale. Y experimenta vivo afecto por sus tíos Nemours y Joinville.

María Amelia, que encuentra de nuevo en ella tantos rasgos de su "angélica Luisa" la rodea de particular ternura. Allí, a Carlota se le dilata el corazón, feliz. "Qué felicidad estar con esta querida abuela. ¡Parece que haré tantos progresos a su lado! Esta dulzura, esta abnegación, hacen que uno entre muy pronto dentro de sí mismo. ¿Y qué se encuentra allí? Todo lo contrario, probablemente..."

*
* *

La dulzura no es en ella el rasgo dominante. Tiene verdaderos dones de inteligencia y de voluntad, que, cultivados por la educación, se han desarrollado y afirmado. Moralmente, se ha fijado un ideal muy alto al que trata sinceramente de alcanzar. No tiene complacencia por sus debilidades, por sus fracasos. Tampoco tiene complacencia por los que la rodean, porque de ellos como de sí misma espera más de lo que pueden dar. También se reprocha de "juzgar al prójimo con malevolencia".

Así, su cuñada, María Enriqueta, esposa de Leopoldo y archiduquesa de Austria, que sin embargo ha sido "tan buena con ella", será pronto objeto de sus críticas. "Tiene un excelente corazón, pero tan poco elevado, tan poco gusto por las cosas serias... Me rompen la cabeza con tantos conciertos... Esto me fastidia a reventar... Me parece terrible no tener sino música hasta la médula de los huesos..." Es cierto que la música preferida de María Enriqueta es la de los valses y de las zardas. Cuando la joven, llena de animación, trata de convertirla en su aliada para alegrar un poco el palacio de Laeken, para ponerlo a la moda de París y vencer las resistencias del rey, Carlota se hurta, desdeñosa de esos proyectos frívolos.

Esta muchacha de dieciséis años, de carácter ya tan fuertemente marcado, es bella. "La más hermosa princesa de Europa", declara el rey Leopoldo con orgullo, pero no sin un poco de exageración. Esbelta, parece alta, cuando no es sino de talla mediana. La práctica de los ejercicios físicos, sobre todo la equitación que ama apasionadamente, y la natación en la que

sobresale, han desarrollado en ella la soltura, la armonía, la precisión de los movimientos. Sus ojos de un azul verde tienen una mirada melancólica, un poco fija y, brillante con un resplandor altivo, se torna negra cuando es presa de una emoción violenta. La mandíbula un poco fuerte, el mentón sólido, la boca pequeña de labios bien cincelados, indican un carácter decidido, voluntarioso. La nariz larga descubre la ascendencia borbónica. La frente alta, ligeramente combada, bajo la pesada masa de la cabellera oscura. El conjunto no carece de acento. Y la expresión del rostro, orgullosa, inteligente, enérgica, y los hombros echados hacia atrás, le dan a Carlota un porte verdaderamente soberano.

*
* *

Leopoldo I, casamentero infatigable, piensa en colocar bien a su hija en la que él se ve de nuevo. ¿No es su réplica viviente? Igual máscara grave y bella, igual voluntad, igual ambición, igual orgullo. Desde el momento en que tiene dieciséis años, se presentan dos pretendientes: el príncipe Jorge de Sajonia, y el rey de Portugal, Pedro V, hijo de la reina Doña María II y de un Coburgo. Este parentesco le vale ser muy apoyado por la reina de Inglaterra y por el príncipe Alberto. De creerle a Victoria, "es el príncipe más distinguido que se pueda encontrar. Además, es bueno, excelente y serio". En suma, hay todo lo que se pueda desear "para una hija única y bienamada". Y para Portugal sería una bendición, una reina amable y bien educada, porque "ese país nunca ha tenido una así". Victoria defiende calurosamente su causa con su querido tío Leopoldo. "Pedro, afirma, aseguraría la felicidad de Carlota mucho mejor de lo que haría uno de esos innumerables archiduques o el príncipe Jorge de Sajonia".

El mismo rey se inclinaría de buena gana por Pedro. Éste se encuentra en Bruselas, pero Carlota no ha dicho nada todavía. Su vieja amiga, Mme. de Hulst, no es favorable a este proyecto. Para ella, "los portugueses no son más que orangutanes". Este juicio puede influenciar mucho a Carlota, a quien por lo demás no le sonríe mucho la perspectiva de ese trono portugués. Leopoldo ama demasiado a su hija para forzarla a una decisión. Carlota misma será la que tome una decisión.

Maximiliano está en Bruselas. Y la princesa, inmediatamente, ha decidido que él será su esposo. Leopoldo lo ha adivinado; vio la impresión hecha sobre Carlota por este grande Habs-

burgo de barba rubia. Personalmente, él hubiese preferido a Pedro. Ese archiduque tiene un mentón huidizo que no augura nada de bueno respecto de la energía del carácter. Pero no contrariará a su hija.

Sin embargo, Victoria insiste. Espera todavía que Carlota no haya tomado una resolución definitiva. Ella y Alberto están de tal modo convencidos de la superioridad de Pedro sobre cualquier otro joven príncipe, "incluso en las relaciones periódicas". Y luego, "la posición es con mucho preferible. La sociedad austriaca es maldiciente, depravada, sin interés, y las posesiones italianas más que bamboleantes". Mientras que Pedro "está lleno de recursos, ama la música, el dibujo, las lenguas, la historia natural, la literatura". He aquí al que convendría perfectamente con los gustos de Carlota. "...si me pidiera *mi* consejo, no lo dudaría ni un minuto, porque le daría una de mis hijas a Pedro si no fuera católico..."

La defensa de "Vicky" es inútil. Carlota no le pide su consejo. Sabe lo que quiere. ¿Está de acuerdo el archiduque? Leopoldo le ha encargado a su sobrino, el conde de Mensdorff-Pouilly, que se encuentra en Viena, que empiece las negociaciones. Negociaciones delicadas, porque Maximiliano teme que el rey de los belgas quiera servirse de él como de un instrumento diplomático, con fines políticos. Desconfía. Por otra parte, Leopoldo quisiera que Francisco José le confiara a Maximiliano un puesto importante. "Si la cosa se hace, el emperador deberá darle el gobierno de Venecia; está completamente indicado para eso".

Carlota sabe, al presente, que será la esposa de Maximiliano. No le ha revelado este secreto sino a su confesor, que ha recibido con ello, dice ella, "la mayor felicidad. El dedo de Dios se ha mostrado allí..."

¡El archiduque no ha experimentado, como ella, el cañonazo! Ciertamente ha guardado un recuerdo encantador de la joven princesa, pero nada más. Se ha guardado mucho de dejar entrever un posible matrimonio. No obstante, esta unión les parece conveniente a Sofía y a Francisco José, y al decir de Isabel, se la van a "imponer". Por lo demás, él no ofrecerá resistencia. Entonces se presenta la petición en debida forma. Se le recibe con cordialidad. "Habéis conquistado, sin ningunos designios políticos, toda mi confianza y mi benevolencia, le responde Leopoldo. Puedo anunciaros que mi hija consiente en el matrimonio, que lo prefiere a todos los demás partidos que se le han propuesto y que yo apruebo con placer su elección"...

En diciembre de 1856 Maximiliano vuelve a Bruselas para los esponsales. ¿Está muy apasionado? Parece más bien que el amor está del lado de Carlota. Renunció a un trono para casarse con un archiduque cuyas oportunidades de reinar son tenues. Ella no oculta su felicidad. "El archiduque es encantador bajo todos aspectos... Físicamente me parece hermoso y moralmente no puede desearse más. Viene a desayunarse todos los días y permanece aquí hasta las tres o las cuatro, y charlamos juntos, muy felices".

Los dos jóvenes hacen proyectos para el porvenir. Maximiliano le confía a Carlota que tiene la intención de hacer construir un palacio al borde del mar, en Trieste, que se llamará Miramar. Le muestra los planos; ella se entusiasma con la idea de la terraza, del pabellón moro que amueblará a la oriental, con el jardín de invierno poblado de todas las especies de pájaros. Deseoso de complacer en todo a su prometida, el archiduque promete hacer construir una capilla donde, cada día, se celebrará una misa.

Maximiliano habla también de las funciones de virrey de Lombardía que le serán sin duda otorgadas. Carlota juzga el proyecto "atractivo". Pero, dice, será "una empresa difícil". Lo que no es para descorazonarla. Al contrario. "Es una misión bienhechora que debemos cumplir. Siento ya las espinas pero preveo también la satisfacción que se puede obtener de hacer así el bien".

Durante esos pocos días, Maximiliano conoce más a Bélgica. En compañía de la princesa visita a Amberes y sus muelles; se la ve en la primera representación de una nueva ópera de Verdi, las *Vísperas sicilianas*. Asiste a la recepción de año nuevo donde se aburre "mortalmente". Durante cinco horas le es preciso "tragar" las palabras del rey a los cuerpos constituidos, y recíprocamente. Se repite en todos los tonos que la prosperidad de Bélgica y su sólida posición en Europa se deben a la sabia constitución belga, a la sabia administración del país por el sabio soberano. Estos discursos que provocan en la duquesa de Brabante una risa que disimula tras su gran ramillete de flores, importuna al futuro yerno que experimenta "un profundo disgusto por esas hipocresías constitucionales".

Poco después, el baile de la corte dará lugar a las críticas del Habsburgo. Bailando con Carlota, deliciosa de frescura en su vestido blanco muy sencillo, considera desdeñoso a esta compañía muy mezclada, en donde el alta nobleza se roza con su sastre y su zapatero, sin contar a todos los tenderos de